

se enarmonaban en el ardor por la reprensión legítima de la tiranía imperial; pero educado en los sentimientos teocráticos que caracterizan en él la luz del Evangelio, y espantado de inmediato por las herejías que desgarraban al mundo católico, porque no conocía el secreto de la fuerza ni el de la debilidad de estas. Toda novedad era para él un crimen contra la religión y el orden social. Añadase a esto que las razones mismas que hacían tan necesarias la institución de los Hermanos Menores, la hacían en cierto modo odiosas. Ella desautorizaba un sobre el principio de la autoridad divina, y el principio de la autoridad humana, y de la autoridad nacional, y de la autoridad (que con dificultad comprende y adora la debilidad humana) comenzaba a iluminar la inteligencia y el corazón de las naciones. No era necesario que estuviesen ausentes presentes y vivos en esta predicación universal, que por espacio de trescientos años ocupó la atención popular. Bajo estas espesas neblinas el mundo moderno sabe todo lo que debe a San Francisco, y no ve sino un lavador de platos.

capaja con ardor por la reprensión legítima de la tiranía imperial; pero educado en los sentimientos teocráticos que caracterizan en él la luz del Evangelio, y espantado de inmediato por las herejías que desgarraban al mundo católico, porque no conocía el secreto de la fuerza ni el de la debilidad de estas. Toda novedad era para él un crimen contra la religión y el orden social. Añadase a esto que las razones mismas que hacían tan necesarias la institución de los Hermanos Menores, la hacían en cierto modo odiosas. Ella desautorizaba un sobre el principio de la autoridad divina, y el principio de la autoridad humana, y de la autoridad nacional, y de la autoridad (que con dificultad comprende y adora la debilidad humana) comenzaba a iluminar la inteligencia y el corazón de las naciones. No era necesario que estuviesen ausentes presentes y vivos en esta predicación universal, que por espacio de trescientos años ocupó la atención popular. Bajo estas espesas neblinas el mundo moderno sabe todo lo que debe a San Francisco, y no ve sino un lavador de platos.

IV. San Francisco ante Inocencio III

San Francisco había ganado su causa para con el pueblo, por medio de sus atrevidas predicaciones; mas para completar, su obra, y reconciliar al siglo con la Iglesia, debía buscar igual éxito ante el soberano pontífice. Así, pues, luego que reunió cierto número de discípulos, fué á Roma, á solicitar la aprobación necesaria de su Orden.

Debía hallar allí mucha oposición. Reinaba entonces Inocencio III, genio indomable, vasta y soberana inteligencia, que abrazaba la magnitud del humano pensamiento, y tra

bajaba con ardor por la represion legítima de la tiranía imperial; pero educado en los sentimientos teocráticos que oscurecian en él la luz del Evangelio, y espantado desmedidamente de las heregías que desgarraban al mundo católico, porque no conocia el secreto de la fuerza ni el de la debilidad de éstas. Toda novedad era para él un crimen contra la religion y el orden social. Añádase á esto que las razones mismas que hacian tan necesaria la institucion de los Hermanos Menores, la hacian en cierto modo odiosa. Ella descansaba sobre el principio de que el inmenso movimiento que arrastraba á la Europa, tenia en sí algo profundamente cristiano, y realmente digno de aceptarse; por consiguiente los espíritus esclusivos é intolerantes no podian verla sin una secreta aversion. Cuando se quemó á los *pobres de Lion* (1), se hicieron sospechosos los mendicantes de Asis. Era, pues, fácil enganar á Inocencio, y presentarle estos nuevos religiosos, si no como herejes, á lo menos como te-

(1) Los *pobres de Lion*, llamados tambien *valdenses*, eran una secta particular de la heregia de los Albigenses. Discípulos de Pedro Valde; se oponian á las indulgencias, ayunos, invocacion de los santos, religiones, potestades eclesiásticas, &c.—N. del T.

merarios, cuyo celo, candorosamente peligroso, daba armas á la heregia.

Paseábase Inocencio III en los vastos terrados del palacio de Letrán, pensando en el imperio del mundo, y meditando en el abatimiento de todas las potestades seculares con la ruina de los innovadores, cuando un peregrino, vestido de grosero sayal atado con una cuerda, sandalias sucias de polvo, y usando de palabras llenas de candor y de dulzura, llegó á hablarle de la profunda humildad que convenia á los cristianos, y de la soberana pobreza: este peregrino era San Francisco. Imágínesse la singular entrevista entre estos dos representantes del espíritu teocrático y del espíritu evangélico. Sucedió lo que debia suceder. A pesar de la poderosa recomendacion del cardenal Juan de Saint Paul, obispo de Sabina, Francisco fué recibido con frialdad, y por lo mismo, pudo creer por un instante que su Orden seria desaprobada.

Sin embargo, ya habia llegado su hora. Segun las reglas de la prevision humana, estaba tan comprometida la Iglesia, que era preciso aceptar todos los auxilios, fueran los que fuesen. Habia, por otra parte, un parti-

do poderoso entre los cardenales que mas adelante hizo elegir por Papa á Gregorio IX, y que queria salvar á la sociedad y al catolicismo, no por la sangre vertida, sino por medio de una reforma interior del clero. Este partido consiguió una victoria á medias, y sin obtener de Inocencio III que publicara en favor de los nuevos religiosos una aprobacion solemne, alcanzó de él la promesa de examinar sus estatutos y sus intenciones.

Para esplicar el cambio repentino que se obró en algunos dias en el ánimo del soberano pontífice, refiere la leyenda que tuvo, uno tras otro, dos sueños misteriosos. La noche misma que siguió á su primera entrevista con Francisco, vió una pequeña palma muy baja, que despreciaban todos los transeuntes, pero que fué creciendo poco á poco hasta llegar á ser un grande árbol, cuyas ramas cubrian con su sombra á toda la cristiandad. ¿Qué podia ser la palma desdeñada, sino el mendicante de Asis, y qué significaba el árdol gigantesco sino la Orden de los Hermanos Menores? La noche siguiente vió en sueños á la basílica de Letrán próxima á desplomarse sobre su cabeza, imá-

gen fiel de la Iglesia vacilante; y que mientras él temblaba por esa próxima caída, llegó el mismo mendicante, y sostuvo con su brazo el santo edificio. Semejante sueño no necesitaba comentarios.

Como quiera que sea, el soberano pontífice hizo llamar á San Francisco, le interrogó, y le permitió explicar sus designios y su regla en presencia de los cardenales. La prueba debia ser decisiva, y muchos miembros del augusto colegio manifestaron en alta voz sus prevenciones. Unos objetaban que los estatutos de los Hermanos Menores eran nuevos, y que por lo mismo amenazaban la ortodoxia; y otros, colocándose bajo un punto de vista diferente, sostenian que los rigores que aquellos prescribian, los hacian irracionales y quiméricos.

La primera de estas razones fué la que prevaleció en los cardenales, y San Francisco comprendió inmediatamente la necesidad de responder de una manera persuasiva á cargo tan grave. ¿Pero de qué medios se valdria para convencer y atraer á teólogos educados en grandes preocupaciones, provistos de argumentos sutiles, y espantados por el desenfre-

no de las innovaciones? El pobre monje, en circunstancias tan decisivas, no podía valerse del recurso de la dialéctica; pero penetrado del Evangelio y de su espíritu: hizo una corta oracion antes de responder, y en seguida presentó la parábola siguiente:

“Santísimo Padre, una joven muy bella,
 “pero estremadamente pobre, vivia en el
 “desierto. Un rey la vió, y encantado de su
 “belleza, se casó con ella. Vivió algunos
 “años en su compañía, y tuvo en ella hijos
 “que traian á la memoria á su padre por la
 “fisonomía, y á la madre por el brillo de su
 “hermosura. La madre educó á sus hijos
 “con sumo cuidado, y cuando fueron gran-
 “des les dijo:—Hijos míos, vuestro padre
 “es un rey, y él os dará todo lo que ne-
 “cesiteis.—Llegaron los hijos á la corte, y
 “viendo el rey su belleza, les preguntó: ¿De
 “donde sois, hijos?—Y cuando ellos respon-
 “dieron: Somos hijos de la pobre mujer que
 “vive en el desierto,—el rey los abrazó con
 “mucha alegría, y les dijo: Sois mis hijos,
 “nada temais; porque si extranjeros comen
 “en mi mesa, ¿como no han de comer mis
 “hijos? Este gran rey, Santo Padre, es nues-

“tro Señor Jesucristo; y esta joven muy bella
 “es la pobreza, que despreciada y desdena-
 “da en todas partes, vive en este mundo co-
 “mo en el desierto. El rey Supremo des-
 “cendiendo del cielo á la tierra, la amó
 “tanto, que se desposó con ella en un pe-
 “sobre. Tuvo muchos hijos en el desier-
 “to de este mundo, como son los apósto-
 “les, los anacoretas, los cenobitas, y otros
 “muchos que han abrazado voluntariamen-
 “te la pobreza; y cuando esta buena madre
 “los envió al rey de los cielos con la señal
 “de su pobreza real, de su humildad y de
 “su obediencia, aquel los recibió con bondad,
 “les prometió alimentarlos y les dijo: yo que
 “hago salir el sol para los justos y los peca-
 “dores, y que doy á la criatura lo que nece-
 “sita, ¿cuán solícito no seré para cuidar de
 “mis hijos?”

Nada mas tierno que esta parábola que manifestaba una santa confianza, y una fé sin reserva en la bondad divina; y al mismo tiempo nada mas apropiado á las circunstancias. San Francisco se presentaba en ella, no como un innovador peligroso, sino como un continuador de esa larga série de

cenobitas y de santos que habian sido el apoyo del catolicismo y la gloria de la ortodoxia. Así pues, persuadido Inocencio III por las razones tan sencillas como hábiles que acababa de desarrollar el patriarca de los pobres, exclamó: "Ciertamente este hombre está llamado á sostener y reparar la Iglesia de Dios!"

Después de estas palabras ya nada faltaba mas que concluir. El obispo de Sta. Sabina se levantó y dijo: "Si rechazamos la petición de este pobre, diciendo que su regla es nueva y difícil, cuidado, no rechazemos al Evangelio mismo; porque la regla cuya aprobación solicita, está conforme con la doctrina del Evangelio; y decir que la perfección evangélica contiene algo de irracional é irrealizable, es sublevarse contra el autor del Evangelio, es blasfemar de Jesucristo."

Apoyados San Francisco y el partido de los reformadores en razones tan plausibles, debieron sobreponerse á toda resistencia. El soberano pontífice, pues, tocado en lo íntimo de su alma, aunque dudoso todavía, dejó al apóstol de la pobreza echarse á sus piés, y ju-

rarle absoluta obediencia, y sin dar al Santo una aprobación solemne y por escrito, autorizó, á lo menos verbalmente, la regla que habia instituido [1].

Bastó esta sencilla tolerancia á los Hermanos Menores, por que tenian el apoyo eficaz de la Italia. Contaban apenas dos años de existencia, y su popularidad era tan grande, que los benedictinos del Monte Subazio se apresuraron á cederles, por una acta solemne, la iglesia de Santa María de los Angeles, ó de la Pozziúncula. Esta Iglesia llegó á ser muy pronto el centro de un movimiento inmenso de población. Allí ocurrían pobres y ricos, clérigos é ignorantes, que iban, atraídos por la voz del santo fundador, á unirse á la pobreza evangélica, á imitar á Jesucristo, y á glorificar la condición comun de la humanidad.

Ocupóse entonces San Francisco en hacer para las mujeres lo que tan felizmente habia hecho para los hombres, é iniciarlas en la vida de la abnegación absoluta. Santa Clara,

(1) Nunca Inocencio III quiso ir mas allá de una simple autorización verbal; y, como dice un contemporáneo suyo, se mostró siempre duro con las Ordenes nuevas.

que habitaba en Asis, habia podido, mejor que nadie, admirar los maravillosos efectos de la nueva regla; pero su familia, rica y poderosa, se oponia á sus designios. Salió secretamente una tarde de la casa paterna, y delante del altar de la Inmaculada Virgen María, se vistió el hábito de la penitencia y de la pobreza. No tardó en seguir su ejemplo su hermana Inés, y esto escitó grande furor entre los deudos de ambas reclusas. Armaron una banda de soldados, y mandada por ellos esta tropa grosera obedeció con bajeza brutal las órdenes de sus gefes; presentóse delante del santo asilo, forzó las puertas, penetró hasta las honestas celdas y descubriendo por fin á Inés, la asieron de los cabellos y la arrastraron á su casa, abrumándola con indignos tratamientos. En vano fué Inés llevada por la violencia al seno de su familia, porque encontró un medio de huirse de nuevo al monasterio. Las dos hermanas, que padecieron tan cruelmente por la libertad religiosa, no tuvieron en lo sucesivo mas que una ambicion, la de obtener de la Santa Sede el privilegio de la abnegacion completa y de la completa pobreza. Inocencio III, por su des-

confianza, no se las concedió sino verbalmente, y la aprobacion solemne de la Orden no se dió sino en el pontificado de Inocencio IV.

Sin embargo, las dos instituciones de *Menores* y de *Claros*, animadas del mismo espíritu, y correspondiendo á las mismas necesidades, tomaron rápido incremento. La actividad prodigiosa de San Francisco bastaba á las gestiones inmensas de la nueva y doble asociacion, esparcida por toda la tierra, y que tenia que luchar no solo contra el fanatismo de la impiedad, sino tambien contra la intolerancia de los ortodoxos. Encerrado el Santo en su celda por la fiebre, le devoraba esta forzada inaccion; escribia cartas y mas cartas, y queria estar en todas partes, para suscitar en todos el espíritu de abnegacion, y el amor á la pobreza.

Apenas se sintió aliviado, cuando resolvió ir á Oriente á predicar el Evangelio, y atravesó la Italia, los Alpes, la Francia y la Navarra. Siempre delante de sus compañeros de viaje, parecia, dice un contemporáneo, que iba enteramente ocupado de Dios, y que volaba, mas bien que caminaba, á todas partes. Llegó á Burgos, y cuando estaba ya próximo

á pasar á Africa, fué detenido por una violenta enfermedad, que le obligó á regresar á Asis; pero innumerables discípulos se le habian reunido, y Alfonso IX de Castilla lo habia autorizado para establecer su Orden en los Estados que le pertenecian.

A su vuelta, en 1215, encontró su institucion solemnemente aprobada. Inocencio III habia declarado en el Concilio de Letran, que si no habia dado bula espresa, veia sin disgusto la nueva Orden y la considerable extension que habia tomado: los Hermanos Menores tuvieron, pues, en lo sucesivo una existencia oficial en la Iglesia, y San Francisco los reunió por primera vez en Capítulo General. Entonces, estos humildes conquistadores, que se proponian establecer el reinado de la paz y de la palabra, se repartieron por el mundo. Se nombraron ministros para diferentes partes de Italia, para la Provenza, la España, la Alta y Baja Alemania y para Inglaterra. San Francisco, que tenia predileccion por la Francia y por su Universidad, se reservó esta última mision, y en los momentos de la despedida, dirigió á los que partian, esta admirable alocucion.

“ Id en nombre del Señor, marchad de dos
 “ en dos con modestia y humildad, guardando
 “ silencio desde la mañana hasta despues de
 “ tercia, y orando á Dios en vuestro corazon.
 “ Que no se oiga entre vosotros una palabra
 “ inútil ni vana: que durante vuestro via je
 “ sea vuestra conducta tan humilde y tan pu-
 “ ra como si estuviérais en una ermita ó en
 “ vuestra celda; porque en cualquier lugar
 “ en que estemos, tenemos siempre con noso-
 “ tros nuestra celda. Esta es nuestro herma-
 “ no el cuerpo, y el alma es el ermitaño que
 “ vive en ella para contemplar á Dios y para
 “ orar; porque si el alma de un religioso no
 “ vive en paz en la celda de su cuerpo,
 “ de poco le servirán las celdas exteriores.
 “ Vuestra conducta en presencia de vuestros
 “ semejantes sea tal, que cualquiera que os
 “ vea ú os oiga sienta una conmocion de pie-
 “ dad, y bendiga al Padre celestial, á quien
 “ pertenece toda gloria. Predicad la paz á to-
 “ dos; pero que la paz esté tambien en vues-
 “ tro corazon como en vuestros lábios. No
 “ seais para ninguno ocasion de cólera ni
 “ de escándalo; por el contrario, que vuestra
 “ dulzura incline á todos á la mansedumbre,

“ á la union, á la concordia. Nuestra misi on
 “ es de curar á los enfermos, consolar á los
 “ afligidos, y encaminar á los que anden des-
 “ carriados; y sabedlo, muchos que parecen
 “ ser miembros del demonio, serán algun dia
 “ miembros de Jesucristo.”

Medítense sobre todo estas últimas pala-
 bras, que son una clara y manifiesta exhor-
 tacion á la tolerancia y á la caridad con los
 herejes, y compárense con las crueles del de-
 legado pontificio, pronunciadas á la luz san-
 grienta de las antorchas, sobre los muros de
 Besieres: “¡Id y matad á todos! Dios sabrá
 reconocer á los suyos.” Esta simple compa-
 racion es un elogio suficiente de San Fran-
 cisco, y al mismo tiempo una luz viva arro-
 jada sobre el verdadero espíritu del cristia-
 nismo. El delegado, fanático y cruel, no fué
 mas que un delegado, y San Francisco, el
 apóstol de la mansedumbre universal, fué
 santificado por la Iglesia.

Pero precisamente porque él, mejor que su
 siglo, conocia el espíritu del Evangelio, tuvo
 que luchar sin descanso para llevar adelante
 su obra. Una pandilla intolerante y retrógra-
 da rodeaba perpetuamente al soberano pontí-

fice, divulgando misteriosa y sordamente im-
 placables calumnias contra el hombre de Dios.
 Cuando, estando próximo á partir para Paris,
 fué á despedirse del cardenal Ugolino, éste
 procurando disuadirlo del viaje, le dijo: “Ape-
 “ nas comienza vuestra institucion; no igno-
 “ rais que se la persigue y hostiliza en Roma,
 “ y que teneis aun allí secretos enemigos:
 “ vuestra presencia es indispensable para el
 “ complemento de vuestra obra.” S. Francis-
 co, hombre de prudencia y de celo, y que tenia
 la profunda habilidad de las almas sencillas,
 escuchó sus consejos, y para vencer todas las
 desconfianzas, pidio que bajo el título de pro-
 tector, se le designase un cardenal que tuvie-
 se cierto poder sobre la Orden, y que al mis-
 mo tiempo representara de una manera mas
 especial sus intereses en de la corte de Ro-
 ma. Fué precisamente al cardenal Ugo-
 lino á quien se encargó esta mision, y la des-
 empeñó con una eficacia admirable, inicián-
 dose así, desde cardenal, en esa política de
 reforma interior del clero, de la cual debia
 ser despues, como pontífice, uno de los mas
 enérgicos representantes.

Entre tanto, acababa de morir Inocen-

cio III, y su sucesor, menos temeroso de la herejía de los Albigenses, fué tambien mas favorable á las Ordenes mendicantes; desde este momento, pues, la de San Francisco no encontró obstáculos. Habia vencido definitivamente todas las malas voluntades, y no debia tardar en recojer el fruto de su perseverancia.

El 26 de Mayo, de 1219, dia de Pentecostes, habia al rededor de la iglesia de Santa María de los Angeles una inmensa concurrencia. Muchas barracas se habian levantado, y multiplicado como por encanto, hasta perderse de vista.

El viajero que se hubiera dirigido á Asis, y que sin estar instruido de la causa de tan grande concurrencia, habria creido ver un campamento improvisado repentinamente. En efecto, cinco mil hombres vivaqueaban en la colina; pero estos eran soldados extranjeros, que en vez de blasfemar del nombre divino, y de pensar en robos, saqueos, ó asesinatos de sus enemigos, ó de sus conciudadanos, se entretenian en bendecir á la Providencia, en enseñar y consolar á la humanidad, y en hacer conocer la justicia y el derecho; se propo-

nian regenerar al mundo, no por la fuerza, siempre impotente, sino por medio de la palabra. De todos los alrededores, de Folino, de Espoleto, de mil aldeas de la Umbría, campesinos y aldeanos acudian con sus mujeres é hijos, á contemplar estas milicias de la paz, y desearles un buen éxito en sus proyectos gigantescos. Atraido tambien el cardenal Ugolino por la novedad pública, y por el interes que siempre tomó en las grandes manifestaciones del pensamiento cristiano, se sintió penetrado de admiracion á la vista de este espectáculo, y exclamó, llorando de gozo: "¡En verdad, éste es el campo de Dios!"

No se engañaba. Estos cinco mil hombres, sobre los cuales se fijaba la vista de la Italia; estos cinco mil hombres, al rededor de los cuales se precipitaban los pueblos, eran los *Her-
manos menores*, convocados para su tercer Capítulo General. Nunca habia tenido ni podido tener, en tan poco tiempo ninguna Orden religiosa tan prodigioso desarrollo. Despues de tal prueba, era evidente para todos que la nueva institucion correspondia á las necesidades de la época, y que se podia tener fé en su porvenir.